

LA CORONACIÓN PONTIFICIA DE NTRA. SRA. DE LUJÁN PATRONA DE LA ARGENTINA (1887)

Preparativos, ceremonias y festejos populares

RESUMEN

Siguiendo el camino de los preparativos a la fiesta de la Coronación Pontificia de Nuestra Señora de Luján y de la mano de quien fue considerado como su Capellán y Apóstol por antonomasia, el P. Jorge María Salvaire, el autor nos introduce en el espíritu de esta advocación a la Virgen, donde por la gran concurrencia y la importancia de estos festejos refleja la profunda significación que tiene para la historia religiosa de Argentina, como también de Uruguay y Paraguay.

Palabras clave: Virgen de Luján, P. Jorge María Salvaire, fiesta, religiosidad.

ABSTRACT

The author introduces us to the history of the holy Virgin of Luján, in Argentina, following the steps that prepared her Pontifical Coronation. Father Jorge María Salvaire was her chaplain and apostle. The massive attendance to this feast shows its deep meaning for religious history of Argentina, as well as Uruguay and Paraguay.

Key Words: Virgin of Luján, Father Jorge María Salvaire, feast, religiosity.

“Con motivo de la Coronación el P. Salvaire, para distinguir a esa Santa Imagen de cualquier otra Inmaculada similar, le adosó la bien lograda rayera y completó el ornamento con la aureola de doce estrellas [...] La Coronación Pontificia marca dos puntos muy importantes. Primero: señala la preeminencia que el culto a la Virgen de Luján tuvo hasta esa fecha en la piedad y cultura religiosa de la Nación. Segundo: abrió perspectivas más amplias para el aumento, estima y apogeo de esa devoción mariana en la vida del pueblo argentino” (Juan. A. Presas, “Anales de Ntra. Sra. De Luján”).

Con la publicación de este artículo cumplimos con el propósito inicial de dedicar un “tríptico histórico” a la Virgen de Luján, a través de la figura de quien por la trascendencia de su acción pastoral fue considerado por los contemporáneos como su *Capellán y Apóstol* por antonomasia: el P. Jorge María Salvaire, c.m. Título por demás merecido por haberse convertido en el moderno difusor de tan secular y significativa advocación, no sólo en la Argentina, sino también en las repúblicas hermanas de Uruguay y Paraguay, hasta alcanzar su apostolado amplias resonancias en América Latina y en algunos países de Europa.

En esta ocasión nos proponemos rememorar uno de los momentos más significativos de la tradición “marino-lujanense” como fue la fiesta de la coronación pontificia de la Santa Imagen, el 8 de mayo de 1887, convirtiéndose el P. Salvaire, una vez más, en la figura central de los grandes festejos populares que se organizaron con tal motivo. Hasta ocuparse en persona de los mil detalles que demandó la preparación y desarrollo de un acto verdaderamente multitudinario, que reunió sumando la octava posterior alrededor de unos cuarenta mil peregrinos, multitud nunca vista hasta entonces en los anales de la Villa de Luján. Contándose entre la nutrida y abigarrada concurrencia, el episcopado de entonces, autoridades nacionales y provinciales, cabildo catedralicio, considerable número de sacerdotes (seculares y regulares), seminario metropolitano, delegaciones de asociaciones y colegios católicos, peregrinaciones parroquiales, colectividades extranjeras, bandas de música, batallones militares, devotos venidos desde largas distancias, instituciones apostólicas y educativas locales, etc.

Como lo hemos señalado oportunamente, la coronación pontificia fue posible gracias a dos intervenciones previas del P. Salvaire, que actuaron en calidad de verdaderas causas de aquella inolvidable fiesta. En primer lugar, la aparición y difusión de la *Historia de Ntra. Sra. De Luján*, publicada por la prestigiosa imprenta de Emilio Coni, a fines de septiem-

bre de 1885, con lo cual el P. Salvaire cumplió la primera parte del “voto” que hiciera a la Virgen, diez años antes, al encontrarse en los toldos del cacique Manuel Namuncurá (Salinas Grandes–La Pampa), donde corrió serio peligro de muerte.¹ Y en segundo término, el viaje a Roma, en mayo de 1886, en calidad de comisionado del episcopado argentino, para alcanzar del papa León XIII, el privilegio de la coronación pontificia de la Santa Patrona, junto con otras muchas gracias para su secular Santuario.² De esta manera, concretó con creces la segunda parte del mencionado voto: la difusión de su culto. Por tanto, para la consecución total del mismo, sólo le restaba enfrentar la construcción de un “nuevo templo”, cosa que pudo emprender a mediados de julio de 1889, una vez nombrado párroco de Luján, cuando estuvo en condiciones de asumir la dirección de las obras de la monumental Basílica Nacional. También de ello prometemos escribir en alguno de los próximos números de “Teología”.

Vengamos ahora al tema que nos ocupa en esta ocasión. Para introducirlo es suficiente con recordar que el P. Salvaire regresó de Europa, a bordo del vapor “La Gironde”, el 18 de diciembre de 1886. De inmediato se entrevistó con el Arzobispo de Buenos Aires, monseñor León Federico Aneiros, en orden a presentarle sus saludos, comunicarle el éxito de las gestiones ante la Santa Sede, entregarle en mano propia la documentación pontificia y mostrarle la preciosa corona confeccionada en París y bendecida por el Papa. De allí en más, el Arzobispo asumió la tarea de confeccionar el programa de las ceremonias referidas a la próxima coronación de la Imagen. La fecha se fijó, como lo adelantamos, para el 8 de mayo, debiéndose encargar de la organización el párroco de Luján, el lazarista Emilio George, ayudado por una comisión de colaboradores inmediatos.

1. Se programan grandes festejos

Al respecto, monseñor Aneiros, adelantándose con suficiente tiempo –y sabiendo por correspondencia el éxito de las gestiones emprendidas por Salvaire en Roma–, decidió publicar, a principios de noviembre

1. Véase, “La Historia de la Virgen de Luján (1885). Un libro prometido en «apremiante lace»”, *Teología* 87 (2005) 281-329.

2. Véase, *Gestiones del Episcopado Argentino ante la Santa Sede a favor del Santuario de Luján (1886)*. El P. Jorge María Salvaire comisionado oficial, *Ibidem.*, 89.

de 1886, con motivo de la festividad de San Martín de Tours, una pastoral “relativa al voto público de una solemne peregrinación al Santuario de Luján”, dirigida a todos los fieles de la Arquidiócesis, invitándolos a sumarse a esta iniciativa, señalándose como fecha de la misma el 8 de mayo del año entrante. Como intención general de la convocatoria en Luján se fijó la siguiente: pedirle a la Virgen intercediera “a fin de librarnos del azote de la peste [del cólera] que nos amenaza e invade y de tantos otros males espirituales y temporales”.³ El Arzobispo expresaba la invitación en estos términos:

“... La mayor parte de nuestros fieles profesan una especial devoción a la Santísima Virgen de Luján, que estableció en nuestro país su Santuario como una fuente perenne de gracias y bendiciones. Fue público el pensamiento de dedicarle una corona valiosa y sabemos que ya ha sido aprobada y bendecida por el Sumo Pontífice, Señor León XIII, en cuyo nombre le será colocada, inaugurándose una fiesta anual a su protección, en el cuarto Domingo después de Pascua de Resurrección. Ante tan dulce compromiso y en los rigores de la presente aflicción, sentimos animarnos y nos ocurre realizarlo de un modo conveniente [...] Hacemos votos y ofrecemos ir en peregrinación a Luján, el día 8 de mayo del próximo año, con las personas que tuvieran a bien acompañarnos...”.⁴

Asimismo, el Prelado mediante decreto, fecha 10 de enero de 1887, comprometió formalmente al párroco de Luján, el P. Emilio George, a

3. El 18 de octubre apareció en *La Prensa* la noticia de los primeros casos de cólera en el Acorazado “Los Andes”, aunque en otros diarios se filtró el dato que el primer caso databa del 12 de octubre. Con el correr de los días y meses la epidemia se extendió en forma alarmante, desde La Boca y el Riachuelo, a la Capital, San Isidro, La Plata y pueblos de la campaña bonaerense (Zárate, San Nicolás, Chascomús, Rauch, Magdalena, Pergamino, etc.). Hasta llegar a Rosario, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Mendoza, Paraná, etc. En la capital los casos se multiplicaron a través de los inmigrantes, el hacinamiento de las casas de inquilinatos y la falta de medidas de higiene urbanas apropiadas. Por esos días entraron al puerto varios barcos con numerosos enfermos y fallecidos (“La France”, “Matteo Bruzzo”, “Orione”, “Washington”, etc.). Ante el avance de la epidemia se estableció la rigurosa cuarentena de vapores en la Isla Martín García; y se establecieron numerosos lazaretos para atender a los afectados. Según la “Revista Médico Quirúrgica”, se trataba de “cólera morbus asiático”; y no de “colerina” según diagnosticaban las autoridades municipales (18 de noviembre de 1886). La prensa se encargó de divulgar desde un comienzo la información necesaria para que la población adoptara las medidas preventivas necesarias. Ejemplo de ello, es la nota aparecida en *La Nación* bajo el título *Epidemia de cólera. Crítica colérica. Reglas prácticas de preservación y curación*, Nro. 4897, 13 de noviembre de 1886, p. 1. Para mayor preocupación de la población y de las autoridades, al cólera se unieron también numerosos casos de escarlatina, difteria y tífus. OLGA BORDI DE RAGUCCI dedica uno de los capítulos de *Cólera e Inmigración, 1880-1900*, a la epidemia de 1886, 47-74.

4. *Pastoral del Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires relativa al voto público de una solemne peregrinación al Santuario de Luján*, en “Coronación de Ntra. Sra. De Luján. Documentos. Ceremonial. Misa y Oficio” (= CNSL), Buenos Aires, 1887, 85-87.

asumir la organización de los festejos, implementando todos los medios necesarios en tal sentido.⁵ Conviene detenernos por un momento a considerar este documento porque aporta valiosa información sobre el “programa” de actos previstos para la coronación de la Imagen, dentro del significativo marco que les ofrecería la masiva peregrinación convocada dos meses antes.

Ante todo, monseñor Aneiros expresa al párroco, y por su intermedio al Visitador, el padre Jorge Révèlliere, el agradecimiento por los apoyos que ambos, como miembros de la Congregación de la Misión, han sabido prestar a la iniciativa de alcanzar la coronación pontificia de la Virgen, cada uno desde la esfera de sus propias competencias. Si bien en este sentido debe destacarse de manera particular la valiosa intervención del padre Jorge María Salvaire, merecedor de público reconocimiento, tanto ante sus propios superiores como de los fieles en general, a quien se dedican estas laudatorias palabras, que no debieron pasar desapercibidas para los oídos atentos:

“Y al mismo P. Salvaire por tan importante servicio, notable por la generosa voluntad, dedicación y talento con que se ha prestado, llegando su abnegación hasta rehusar la delegación que intentara hacer Su Santidad muy mercedamente de su persona, para la Coronación de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Luján”.

Tras los reconocimientos, el decreto pasa a desarrollar la parte dispositiva, detallando cada uno de los encargos puntuales que el Arzobispo confía a la solicitud del párroco en lo concerniente a la preparación de los festejos en el ámbito específico del Santuario; y, por extensión, en toda la Villa, en razón de ser la Virgen de Luján su misma fundadora. De acuerdo con el ceremonial de estilo debía procederse:

“A adornar el Templo y la Santa Imagen con el más solemne aparato. Todo el interior de la Iglesia será cubierto con las mejores cortinas, con inscripciones a distancia proporcionada y en la puerta del Templo una copia de la Santa Imagen con las armas Pontificias y Prelaticias. Deben adornarse las calles para la Procesión, a la tarde del día de la Coronación y haber algunos regocijos públicos. Ese adorno y regocijos pueden empezar tres días antes, pues desde tres días antes de la Coronación, se tendrán continuos repiques de campana, según dicho ceremonial. La víspera de la coronación se cantarán las Letanías de la Santísima Virgen con el himno *Ave Maria Stella*”.

5. *Decreto del Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires relativo a los preparativos de la Coronación de Nuestra Señora de Luján*. CNSL, 89-91.

Los festejos comenzarán con la dedicación de un triduo en honor de la Virgen que incluirá: “panegíricos, fiestas, oratorios, academias y regocijos públicos”. Distribuyéndose en todos los actos previstos la imagen de la Ntra. Sra. de Luján (estampas, medallas), tal como lo indica el ceremonial, para una ocasión tan significativa. Mientras que en las vísperas de la coronación, a las tres o cuatro de la tarde, como preparación inmediata a los festejos, se pronunciará un sermón panegírico dedicado a la Virgen; y a su finalización, una procesión con su Imagen por las calles de la Villa.

Del mismo modo, el día de la coronación, 8 de mayo, tendrá lugar un solemne pontifical, precedido de la entrega de la corona al cura párroco, levantándose de la misma un acta por parte del notario eclesiástico. De dicha acta se hará lectura pública, junto con el breve pontificio respectivo, incluyéndose el canto del himno *¡O Gloriosa Virginum!* El pontifical será presidido por otro prelado distinto al delegado papal (Aneiros), pues éste debe pronunciar un discurso breve en la misma ceremonia. Concluida la misa se procederá a coronar la Santa Imagen, previéndose el canto del himno *Regina Coeli*; y al finalizar, el canto de un *Te Deum*.

El Arzobispo concluía el decreto con una apremiante recomendación, a fin que el P. George tomara clara conciencia de la magnitud de los festejos, a la par que de las tareas y dificultades inherentes con las cuales se podía encontrar al tiempo de su organización. Pues de suyo se trataba de un acontecimiento de gran trascendencia religiosa, de honda repercusión en el país, y aún más allá de sus fronteras, que convocaría la afluencia masiva de peregrinos, en proporciones tal vez nunca vistas en la Villa, tal como efectivamente ocurrió:

“Para todo esto —señala el Prelado—, se necesita, tiempo, recursos y comisiones; y lo comunicó desde luego a V. R. encargándose y dándole las facultades necesarias, bien persuadido de la suma disposición de V. R. y sus compañeros [los demás sacerdotes del Santuario], en honor de la Santísima Virgen y de la gran fiesta de su coronación, el Domingo cuarto después de Pascua, que es el 8 de mayo”.

2. Invitación al clero y al episcopado

A su vez, el Arzobispo solicitó al párroco de Luján se pusiera en pronta comunicación con los demás curas de la campaña bonaerense a fin de invitarlos se asociaran con sus respectivas feligresías a la gran fiesta de la coronación; y solicitarles, al mismo tiempo, su valioso concurso en or-

den a facilitar la organización de la misma.⁶ Era cuestión de tomar conciencia que hasta esos momentos, y durante más de dos siglos, la devoción de los argentinos hacia la Virgen de Luján tenía un carácter más bien privado, mientras que a partir del acto de la coronación —contando ahora con festividad propia (misa y oficios de segunda clase), extensiva a todas las diócesis argentinas, al Uruguay y al Paraguay—, cobraría carácter nacional, con amplias resonancias en los dos países vecinos, de donde llegarían de ahora en más grandes peregrinaciones. Esta constatación llevaba al P. George a recomendar vivamente la presencia de pastores y fieles en la Villa de Luján para aquellos días tan significativos:

“Debemos, pues —escribe—, reunir todos nuestros esfuerzos para dar a esta fiesta toda la solemnidad posible. Sería conveniente fomentar entre los vecinos de la parroquia de Ud. la idea de una peregrinación parroquial presidida por su Pastor, si no en el primer día, a lo menos, en uno de los días de la Octava. Nuestro Santo Padre, el Papa, ha concedido una indulgencia plenaria a favor de los fieles que, confesados y comulgados, visitasen el Santuario de Nuestra Señora de Luján en el mismo día de la coronación y en los siete días siguientes, rogando por las intenciones acostumbradas”.

Asimismo, figuraba en la circular una alusión directa al tema económico, en razón de preverse significativos gastos en cuanto a los festejos. Por cierto el tiempo era corto y los recursos disponibles escasos. No obstante, el párroco de Luján confiaba poder llevar a cabo tamaña empresa si contaba con la buena voluntad de los sacerdotes y la acendrada piedad de los fieles hacia la Patrona de Luján. Motivo por el cual, como medio práctico para fomentar las ayudas en este sentido, sugería la utilización de las tradicionales y efectivas “suscripciones” populares. “Remito a Ud. —decía— una lista de suscripción que podrán entregarse a una comisión de caballeros y señoras de la Parroquia, para que recojan las limosnas destinadas a sufragar los crecidos gastos que demandan esas fiestas”. Por último, recomendaba a los párrocos anticiparan con suficiente tiempo el arribo de los peregrinos para facilitar su recibimiento y atención pastoral.

Por último, monseñor Aneiros cursó formal invitación a todos los obispos sufragáneos del país a fin de comprometer su presencia en Luján durante el triduo preparatorio, la fiesta de la coronación y la octava pos-

6. Circular del Cura Vicario de la Villa de Nuestra Señora de Luján a los Señores Curas de la campaña. Villa de Luján, 5 de marzo de 1887, en CNSL, 95-97. *Ibidem*, 93-94.

terior.⁷ “Debemos, pues –escribía–, celebrar tan grande acto; y, al efecto, hemos determinado tenga lugar el 8 de mayo próximo, con toda la pompa y esplendor posible; y pienso que nada contribuirá mejor a este fin como la presencia en él de nuestros amados hermanos, los venerables preladados de las diócesis sufragáneas”. Agregando a renglón seguido: “Estoy persuadido que V. S. Ilustrísima y Reverendísima, animada de su devoción a Nuestra Señora de Luján, y para el mejor cumplimiento de la voluntad de Nuestro Santo Padre, abrigará en su corazón vivos deseos de que nada se omita en dicho acto que pueda contribuir a su mejor solemnidad”. Y para comprometer aún más la asistencia de los obispos, invitaba a cada uno a pronunciar “algún discurso alusivo al acto” durante los festejos.

Se trataba evidentemente de un desafío pastoral de grandes proporciones, donde la Iglesia quedaría comprometida de modo particular con su propia feligresía y con la opinión pública en general. Sobre todo en momentos donde arreciaban las críticas e impugnaciones a su misión desde los sectores más agresivos del liberalismo laicista imperante, tanto en la política como en el amplio campo de la cultura.

Al respecto, creemos muy verosímil que monseñor Aneiros abrigara alguna duda sobre las aptitudes del párroco de Luján para asumir con margen de éxito y eficientemente el presente desafío ¿Contaría el P. George con las capacidades organizativas indispensables para dar acabado cumplimiento a los encargos confiados? ¿Sabría desempañarse con competencia al momento de elegir sus colaboradores y formar las comisiones de trabajo? ¿Manifestaría suficiente creatividad y perspicacia al momento de establecer los medios concretos de recaudar fondos destinados a solventar los gastos que demandarían los grandes festejos? Evidentemente, éstas y otras parecidas preguntas debieron pasar en aquellos días por la mente del preocupado Arzobispo. Si bien éste contaba con una seguridad tranquilizadora: la permanente presencia de Salvaire en Luján, quien lo mantendría al tanto de los preparativos y de las dificultades que pudieran presentarse. En último término, bien podría echar mano de él y confiarle en persona las responsabilidades organizativas, si ello resultase necesario. Mientras tanto secundaría al párroco en cada una de las tareas

confiadas y en las iniciativas que pudieran surgir no bien comenzara la coordinación de actividades.

Pero como al pasar los meses nada prácticamente se hizo en tal sentido, el propio Salvaire se vio en la necesidad imperiosa de asumir personalmente –y a último momento– la responsabilidad de la organización para evitarle así a monseñor Aneiros un gran disgusto y obviarle el desaire ante la opinión pública. Desde esos difíciles momentos, nuestro lazarista se convirtió en el alma y en el ejecutor de todos los preparativos demandados por el célebre acontecimiento de la coronación.

3. Salvaire asume la organización de los festejos

Ante todo es necesario tener en cuenta que Salvaire asumió la dirección de los festejos por iniciativa personal de George, quien al verse desbordado por la magnitud del acontecimiento que se avecinaba, aceptó a último momento servirse de la colaboración activa de su vicario, sabiendo que éste podía asumir con total margen de éxito la desafiante responsabilidad.⁸ En este sentido era imposible ignorar las notables cualidades organizativas del inquieto lazarista, de las cuales había dado sobradas muestras tanto en el ámbito del santuario como de la parroquia. Así vino George a verse liberado de la embarazosa situación en la cual se encontraba ante los ojos del Arzobispo y de la opinión pública en general, constituyéndose de allí en más en mero espectador de los futuros acontecimientos.

Una de las primeras inquietudes de Salvaire fue repasar y hacer imprimir el ritual de la coronación, recurso indispensable para proceder a organizar las ceremonias correspondientes. De la impresión se hizo cargo Pablo E. Coni; y fue publicado bajo el título: *Coronación de Ntra. Sra. de Luján. Documentos. Ceremonial. Misa y Oficios propios de esta Festividad. Buenos Aires, 1887*.⁹ En una de sus páginas Salvaire adelantaba en estos términos el acto central y los alcances multitudinarios del próximo festejo mariano:

7. Circular del Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires a los Ilustrísimos Señores Obispos Sufragáneos, para invitarlos a la Coronación de Nuestra Señora de Luján. Buenos Aires, 10 de marzo de 1887, en *Ibidem*, 93-94.

8. *Lettre de Georges M. Salvaire à Supérieur Général. Montevideo 4 juin 1887*. ACG. MM.

9. Afortunadamente, después de infructuosas búsquedas, hemos podido localizar un ejemplar en la Biblioteca Nacional (Buenos Aires). Registro: 25421.

“En conformidad, pues, con las augustas decisiones del Soberano Pontífice, la IVª *Domenica* después de Pascua –esto, es, el día 8 del próximo mes de mayo–, la antigua Villa de Nuestra Señora de Luján se verá convertida en teatro de uno de los acontecimientos más memorables que se hayan de consignar en los anales de la Iglesia en la Argentina. En el mencionado día, en efecto, el Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires, rodeado de los demás Obispos argentinos y de otros respetabilísimos Prelados, acompañado de un gran número de miembros del clero regular y secular, y en medio de un ingente concurso de pueblo perteneciente a todos los ámbitos de la Provincia, y puede decirse del país entero, colocará con toda solemnidad y pompa posibles la corona de oro ya bendecida por su Santidad León XIII, sobre la cabeza de la portentosa Imagen de la tan amada bienhechora de los argentinos, de Nuestra Señora de Luján; y en ese mismo día, se dará principio a la celebración de la nueva festividad canónicamente instituida, con oficio y misas propios en honor de la misma Patrona, festividad que a perpetuidad se celebrará en igual día en todas las parroquias y capillas de las diferentes diócesis de la República Argentina, de la República Oriental y del Paraguay.”¹⁰

4. Rumbo a la Villa de Luján

Como lo terminamos de señalar la fecha de la coronación se fijó para el Cuarto Domingo después de Pascua, que en 1887 cayó el día 8 de mayo. Si bien los festejos se iniciaron con una nutrida novena y se prolongaron por espacio de diez días. Los diversos actos litúrgicos y culturales previstos reunieron a una muchedumbre de peregrinos que puso a dura prueba los recursos de hospedaje disponibles en la célebre Villa, por cierto escasos para semejante movimiento de masas, fenómeno multitudinario nunca visto al presente.¹¹

Desde el jueves anterior a la fiesta los trenes que pasaban por Luján, provenientes de la Estación del Once, comenzaron a bajar gran cantidad de pasajeros, incrementándose su número el sábado y domingo. Muchos de ellos ya contaban con alojamiento comprometido de antemano; y otros confiaban encontrar cuarto o al menos cama en los hoteles de la Villa, esperanza que pronto se vio frustrada, no encontrándose materialmente lugar donde colocar un pasajero más.

10. *Coronación de Nuestra Señora de Luján. Documentos...*, 10-11.

11. La crónica de los distintos actos puede seguirse a través de los periódicos de la época, donde figura abundante información al respecto: *La Nación*, *La Prensa*, *El Diario*, etc.

El sábado 7 de mayo, víspera de los festejos, a mediodía, partió de la estación ferroviaria del Once, el tren afectado a trasladar la comitiva oficial hasta la Villa de Luján. La dirección del Ferrocarril del Oeste puso a disposición de los obispos argentinos y de Montevideo el coche destinado al gobernador de la Provincia. A su vez, el Arzobispo Aneiros ofreció los asientos restantes al Cabildo Metropolitano (canónigos) y a los otros dignatarios eclesiásticos que lo acompañaban. Una hora antes de partir el tren una verdadera multitud de peregrinos se adueñó del andén, ofreciendo una espectáculo inusitado, donde se dieron cita las más diversas profesiones y clases sociales, junto con los vendedores ambulantes de época, deseosos de aprovechar la ocasión para vender sus productos.¹²

En este sentido, la crónica periodística ayuda a comprender la trascendencia de este verdadero movimiento de masas, posible en aquel momento gracias a los servicios del ferrocarril, tal como lo señala un testigo presencial, quien a los pocos días publicó un suelto, por demás ilustrativo y elocuente, en *El Diario* de la capital:

“... Momentos antes de arrancar el convoy, el andén de la Estación, cubierto de gente, presentaba un golpe de vista animadísimo. Sacerdotes con el Breviario debajo del brazo, señoras cargadas de cajas de sombreros y líos, militares a cuerpo gentil, ancianos y enfermos arrebujados en sus mantas de viaje, jóvenes alegres y decidores, músicos preocupados de que no les maltrataran los instrumentos, familias enteras que debían haber dejado cerradas sus casas, Hermanas de la Caridad que habían dado tregua por pocas horas a sus rudas tareas, negociantes volanderos guiados por el aliciente de la ganancia, vendedores de diarios, pobres y ricos, grandes y pequeños se apresuraban a tomar el tren, ganar un sitio y sentarse cómodamente. El jefe del tren era un argentino, apellidado Serantes, que el día anterior había ofrecido a la Virgen de Luján la más valiosa joya que poseía: una condecoración ganada en las trincheras de Curupaití. Era un pedazo de su corazón. Al partir el tren, veíase en las manos de la mayor parte de los pasajeros el número de «El Diario», correspondiente al día, lleno de noticias e ilustraciones relativas a la mística historia de Luján. Pasados los primeros momentos, departieron muchas personas sobre la diversidad de la época en que se inauguró el Santuario y el momento presente de la Coronación de su Imagen. Naturalmente se discutió también sobre las dificultades y duración del viaje de los que fueron en 1763 a Luján a presenciar la inauguración del Templo [de Lezica y Torrezuri], de tal fácil y cómodo acceso desde que el vapor ha sustituido al buque y al caballo en la marcha de los transportes de hombres y de objetos.”¹³

12. Al respecto, *La Nación* comenta: “En el tren de la tarde [7 de mayo] llegaron como quinientos peregrinos que viajaban literalmente estivados por falta de coches” (Nº 5045, 8 de Mayo de 1887, p.2).

13. S. ESTRADA, *La Coronación. Recuerdo del 8 de mayo de 1887*, suelto de “El Diario”, 22 de Mayo de 1887, 3.

Conformaban el convoy un buen número de coches, más de veinte, atestados de pasajeros, quienes al llegar a Luján, a modo de una verdadera “oleada de personas”, procuraron encontrar el medio que a la brevedad los acercara a la plaza de la Villa, lugar donde se desarrollarían los grandes festejos:

“El espacio inmediato a la Estación –refiere la crónica– estaba literalmente lleno de coches de todas menas y edades. A los de Luján se habían agregado las americanas, landoes, calesas, tartanas, carros con y sin elásticos, incluso los de los panaderos, de todos los partidos circunvecinos. Cada coche fue ocupado por ocho personas, sin que pudieran haber todas las que solicitaban asientos. Una parte de la concurrencia emprendió el viaje a pie. Mientras las autoridades locales recibían a los altos dignatarios de la Iglesia, echamos una ojeada a aquella masa de rodados recién pintados unos, descascarados otros, empolvados todos. No podía ser más curioso el desfile desordenado de los vehículos, la presteza de los mozos que corrían detrás de la berlina cuyo conductor los llamaba, la actitud del sacerdote zarandeado en una tartana secular, y las torturas de una familia que, a falta de otro rodado, había caído en la tentación de meterse en un carro sin sopandas.”¹⁴

5. Luján de fiesta

El Arzobispo y sus acompañantes fueron recibidos por las autoridades locales; y a pocos pasos del andén salieron a su paso una banda de música y una cabalgata de vecinos que acompañaron la comitiva hasta las puertas del viejo Santuario. La Villa se encontraba profusamente engalanada con banderas nacionales y estandartes de todas las naciones, mostrando sus calles un movimiento peculiar, propio de las grandes festividades en los pueblos de campaña. Las puertas, ventanas y balcones de las casas –ocupadas por moradores y visitas– pasaron a convertirse en apropiadas atalayas para que éstos pudieran presenciar el desfile incesante de personalidades a quienes jamás habían visto.

La plaza de la Villa, sombreada por hermosos paraísos, repetía duplicada la profusa ornamentación de banderas, gallardetes, carteles, faroles, arcos y cintas. A su vez, presentaba un magnífico golpe de vista la fachada del viejo Santuario de Lezica Torrezuri. En el frontón, bajo el reloj, se veía un gran dibujo de la Corona con este lema en caracteres pro-

porcionales: “¡Gloria a Nuestra Señora de Luján!”; y al pie, los escudos de las tres repúblicas hermanas: Argentina, Uruguay y Paraguay. En el arco de la portada se leía: “Super caput ejus coronam de lápide pretioso”; y en las columnas laterales, en dos guirnalda, una de rosas y otra de azucenas: “Florebit scitudo” – “Sicut lilium”.

A la derecha de la fachada ocupaba el puesto de honor el retrato del entonces Papa, León XIII; y a la izquierda el lienzo representando a Pío IX, ilustre visitante de la Villa, allá por 1824, cuando era simplemente el canónigo Juan María Mastai Ferreti, secretario de la “Misión Muzi”. Al pie del primero, figuraba una inscripción consignando los principales acontecimientos que jalonaban la historia de Luján; y, debajo del segundo, una leyenda recordaba la visita de este Pontífice a la Villa y la coronación de la Virgen. Y en el centro de la fachada, rodeada de escudos y cenefas, se destacaba una estatua de la Inmaculada Concepción, obra de la señora Aguirre de Vassilicos.

El Arzobispo, junto con su nutrida comitiva, ingresó en el templo cuando el coro, acompañado por una selecta orquesta, dirigida por el maestro Xarau, se preparaba a cantar por primera vez las Vísperas de la Solemnidad de la Virgen tal como figuraban en el nuevo Oficio aprobado por León XIII. Presidió la celebración monseñor Aneiros, asistido por sus sufragáneos y el obispo de Montevideo, monseñor José María Yéregui.

La Imagen original de Ntra. Sra. de Luján, cubierta por un primoroso manto cuajado de piedras preciosas, ocupaba en medio del altar mayor un magnífico nicho de bronce dorado, de estilo gótico, hecho construir *ex profeso* por Salvaire en París, junto con la corona y la gran custodia, como lo señalamos más arriba. Completaban la decoración del altar preciosos candelabros, delicadas estofas y gran profusión de artísticos ramos de flores, donados por las principales familias de Luján y de la Capital.

Asimismo, de la cornisa del templo pendían largos estandartes, con el monograma de María alternando en ellos los colores de la Inmaculada con los pontificios. En el crucero y en el presbiterio figuraban los nombres los fundadores del Santuario (Ana de Matos, Montalvo, Lezica Torrezuri, etc.), junto con los escudos de los obispos de Argentina, Uruguay y Paraguay, y los de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad. Las paredes del templo se encontraban cubiertas de diversos y vistosos adornos, entre los cuales se destacaban: varios óvalos elegantemente pintados con emblemas de la Madre de Dios, explicados en versos latinos; diversas inscripciones alegóricas referidas al acontecimiento; nume-

14. *Ibidem*.

rosas colgaduras de damasco de seda celeste con los escudos del Uruguay, Paraguay y las catorce provincias argentinas; cenefas recogidas con elegancia y estandartes blancos con el monograma de María. Notándose en tan espléndidos arreglos –como lo destaca la crónica– “la dirección artística del P. Salvaire, patente en todas partes”.

Entre los asistentes a las primeras vísperas se contaron los vecinos más distinguidos de Luján, los peregrinos de Buenos Aires, los representantes del Gobierno Provincial, el Intendente de la Capital y los miembros del Club Católico de Montevideo, del Cabildo de San Juan, de los Obreros Católicos de Salta y de la Asociación Piana de Santiago del Estero. A los cuales se sumaron delegaciones de las diversas asociaciones católicas de Buenos Aires y de varias provincias, como Entre Ríos, Catamarca, Córdoba y Mendoza; y ochenta sacerdotes, contando párrocos de la campaña y sacerdotes del interior del país. Debido a la gran concurrencia de peregrinos que excedió todos los cálculos, el Santuario permaneció abierto toda la noche para así ofrecer albergue a las personas que no habían encontrado lugar más apropiado para hospedarse.

6. La coronación de la Imagen

Al alborear la mañana del domingo 8 de mayo toda la Villa comenzó a adquirir una fisonomía particular, la propia de un gran día de fiesta, multiplicándose la afluencia de fieles al Santuario para asistir a las primeras misas y rezar ante la venerable Imagen, que lucía esplendorosa como nunca. Arropada en espléndido manto –bordado finamente con parte de las perlas y piedras preciosas donadas por las damas de Buenos Aires y Luján a fin de confeccionar la magnífica corona que luciría de allí en más–, y rodeada de profusa iluminación de cirios, cuya luz se multiplicaba en los *ex votos* de plata y oro colocados a su alrededor, testimonio elocuente del agradecimiento de los fieles por las gracias recibidas a través de su maternal intercesión.

Los vecinos y forasteros más remolones pronto fueron despertados por el repicar de las campanas y la diana del Batallón enviado por el Gobierno Nacional para realzar los actos. Al paso de las horas las calles se inundaron de gente que marchaban en dirección a las puertas del Santuario. En su interior el espectáculo resultaba sobrecogedor, según relata el cronista:

“La multitud de sacerdotes que celebraban unos después de otros, desnúdandose de los ornamentos en los mismos altares; las gentes que entraban, salían y se empujaban para encontrar colocación; los centenares de personas separadas por largas distancias o muchos años de alejamiento, que parecían haberse dado cita bajo aquellas bóvedas, formaban algo de interesante e inusitado, que raras veces o quizás ninguna otra volveremos a ver. Creemos que solamente la basílica de Lourdes, en el día de la Coronación de la Imagen, habrá contenido cuadro semejante. La concurrencia se renovaba incesantemente, depositando limosnas y entregando ofrendas de valor moral y material. La esposa de D. Sebastián Casares ofreció a la Virgen una preciosa pulsera de brillantes y D. José Manuel de Estrada (p) la bandera del Regimiento de Gallegos, que se batió con honor en la defensa de Buenos Aires al empezar este siglo.”¹⁵

La afluencia de peregrinos se incremento al paso de las horas. Después de las ocho de la mañana los trenes ordinarios y expresos, a los cuales se agregaron hasta vagones de carga, condujeron a la Villa unas tres mil personas, sin poder la empresa incrementar el número debido a la falta de elementos para hacerlo. Por lo tanto, sumando a ello las personas llegadas en la víspera y en días anteriores, la Villa reunía en sus calles a una asombrosa y entusiasta multitud, nunca vista hasta el momento, calculada en unas 40.000 personas, todas dispuestas a no perderse el acto central de la coronación.¹⁶

El mismo se realizó fuera del Santuario, pues los organizadores de la fiesta previendo una gran concurrencia de peregrinos –imposible de acoger dentro del viejo templo–, decidieron levantar un altar monumental al aire libre, eligiendo para ello una loma ubicada a orillas de la Villa, distante a unas seis cuadras al sureste de la iglesia.¹⁷ Allí se erigió un gran tablado de cinco varas sobre el nivel del suelo, hábilmente decorado de arriba abajo con arcos y pasamanos de estilo gótico. En medio del mismo se ubicó el mencionado altar; y un poco más atrás, dominándolo, una meseta destinada al nicho de la Imagen milagrosa, una vez que ésta llegara procesionalmente al lugar. En derredor del improvisado templo se dispusie-

15. *Ibidem*.

16. A. SCARELLA: *Historia de Nuestra Señora de Luján. Su Culto, su Santuario y su Pueblo*. Buenos Aires, 1932, 315.

17. Por entonces al lugar se lo llamaba “campo de la Virgen”; y después de los festejos, “campo de la Coronación”. En la actualidad se encuentra ubicado en la calle Ituzaingó 368, entre Rivadavia e Italia. Una mayólica recuerda el hecho: “Aquí se coronó a la Virgen de Luján por orden el Papa León XIII y por gestión del Padre Salvaire. 1887-8 de Mayo-1987. Dirección de Cultura. Junta Municipal de Estudios Históricos”.

ron los sillones para los prelados y demás autoridades eclesiásticas y civiles. Todo esto estaba cubierto de un gran toldo que servía de protección contra el sol y una posible lluvia; y en lo alto flotaban varias largas banderolas con los colores nacionales y pontificios. El conjunto constituía, por cierto, un magnífico espectáculo para recrear los ojos de la expectante multitud.

Poco después de las 9 de aquella soleada mañana, se dio comienzo a la solemne procesión que trasladaría la Sagrada Imagen hasta el “campo de la Virgen”, para proceder allí a su coronación pontificia. Hacía casi cien años que la misma no era sacada de su Camarín. Motivo por el cual los fieles, una vez que las andas que la portaban cruzaron las puertas del Santuario, experimentaron una gran emoción que se traducía en lágrimas y se manifestaba en sostenidos aplausos y clamorosos vítores, gestos que se repitieron a lo largo del todo el trayecto recorrido por la multitudinaria procesión hasta llegar al altar provisorio.¹⁸

Abrían la marcha el grupo de los Caballeros de la Virgen, montados a caballo, vestidos con hermosos trajes blancos y celestes los unos, y blancos y amarillos los otros. Después venían, alternándose: bandas de música; colegios y asociaciones piadosas; Seminario Conciliar de Buenos Aires; Colegio-Seminario de Luján; autoridades nacionales, provinciales, locales; y parte del pueblo fiel. A continuación seguían: la Corona bendecida por León XIII, depositada sobre almohadones superpuestos para que los fieles pudieran contemplarla a su paso, colocada encima de una parihuela confeccionada al efecto, transportada por ocho sacerdotes con dalmáticas de brocado de oro; y detrás, la Sagrada Imagen de la Virgen, en artísticas andas, sobre los hombros de igual número de ministros, revestidos de repujadas casullas. Después seguían los obispos argentinos y el uruguayo;¹⁹ y finalmente el Arzobispo Aneiros, quien debía corona la Imagen, y el obispo de Cuyo, monseñor José Wenceslao Achával, quien debía pontificar. Se cerraba la marcha con una inmensa multitud de fieles, encolumnados detrás del episcopado.

18. El programa detallado de la procesión fue publicado por *La Prensa*, 6 de Mayo de 1887, N° 5408, 5.

19. El obispo de Asunción del Paraguay, monseñor Pedro Juan Aponte, impedido de asistir, pidió al vicario general de la diócesis de Montevideo, monseñor Mariano Soler para que lo representase. Pero como éste último no pudo viajar a último momento, la representación recayó en monseñor Isasa.

Tras celebrarse la misa pontifical en el improvisado altar –mediante el empleo por primera vez de los textos correspondientes a la misa propia de Ntra. Sra. de Luján, concedida por el Romano Pontífice–,²⁰ el Arzobispo, quien tuvo a su cargo la sentida homilía, revestido de la capa pluvial, ciñendo a modo de cingulo, una faja de seda blanca con bordados y flecos de oro, llevada por mucho tiempo por el Papa León XIII–,²¹ procedió en su nombre y representación a iniciar el rito de la coronación,²² entonando el “Regina Coeli”, que continuaron el clero y el coro de los cantores. Luego, una vez subido a la tarima donde estaba el nicho de la Virgen, precedido de un acólito y de un sacerdote que llevaba la corona –que no era otro que el mismo Salvaire–, procedió a tomar ésta en sus manos y colocarla cuidadosamente en la cabeza de la Virgen, diciendo al mismo tiempo: *Sicuti per manus nostras coronaris in terris, ita et a Christo gloria et honore coronari mereamur in coelis*.²³

En ese mismo momento, todas la bandas de música presentes rompieron a tocar marchas triunfales, los batallones hicieron una triple descarga de fusilería; se dispararon cohetes y bombas; repicaron las campanas y se echaron a volar gran número de palomas blancas que arrastraban en pos de sí largas cintas de colores inmaculados y pontificios, como mensajeras del júbilo que llenaba el corazón de todos los presentes en aquel sorprendente espectáculo.

7. Siguen los festejos

La procesión de regreso al Santuario no fue menos imponente.²⁴ Obispos, canónigos, sacerdotes del clero secular, dominicos, francisca-

20. Asistieron al obispo de Cuyo, el canónigo Milciades Echagüe, delegado del Cabildo de San Juan, como presbítero asistente; como diácono, el primer vicario foráneo de Santiago del Estero, canónigo Rainerio Lugones; y como subdiácono, el presbítero Pío del Corro, delegado del Cabildo de San Juan de Cuyo.

21. Esta prenda litúrgica fue traída por el mismo Salvaire desde Roma con el fin que el Arzobispo la usara en esta precisa ocasión. En determinado momento fue entregada al Museo Histórico y Colonial de Luján para su conservación.

22. En ese momento, al inclinarse ante la Sagrada Imagen, lo acompañaron los obispos de Cuyo, Montevideo, de Claudiópolis (Salvador María de la Reta, Auxiliar de Cuyo); y los Vicarios Capitulares de Córdoba (Uladiaslao Castellanos) y Salta (Pablo Padilla y Bárcena).

23. “Así como eres coronada en la tierra por nuestras manos, del mismo modo merezcamos nosotros ser coronados en el cielo de gloria y honor por Cristo Nuestro Señor”.

24. S. ESTRADA, *La Coronación...*, 4.

nos, lazaristas, pasionistas, redentoristas, salesianos, diáconos, subdiáconos y seminaristas, marchaban en dos filas paralelas en dirección a la plaza de la Villa. El número de peregrinos resultó mucho mayor que los de la mañana, porque el concurso primitivo fue reforzado con los pasajeros de cuatro trenes más. Viéndose, otra vez, el desplazamiento ecuestre de los Caballeros de la Virgen, el numeroso grupo de las Hijas de María, las cruces de varias parroquias, los pendones de diversas cofradías y las banderas de diferentes asociaciones católicas. Todas las niñas del colegio de las Hermanas de la Caridad de la Villa iban vestidas de blanco y cada una llevaba una bandera alegórica, un escudo con la imagen de algún santo o una canastita de flores. La Santa Imagen volvía coronada al Camarín del templo en su baldaquín de terciopelo azul, recamado de oro, en medio de la explosión de alegría de la multitud, a la cual se unían, una vez más, la música ejecutada por las diversas bandas presentes y el estampido de petardos y bombas de estruendo.

Al llegar las primeras columnas a la plaza, ocupada por el monumento al general Manuel Belgrano, saludaron a la Virgen todas las campanas del Santuario, echadas a vuelo, mientras la extraordinaria concurrencia esperaba apiñada en la calle y las aceras la entrada de la procesión en el templo. “Los alrededores –señala el cronista– estaban en ese momento verdaderamente pintorescos. Los jinetes enfilados, las barracas de los vendedores y las gentes que vivaqueaban bajo los ombúes, sacaban la imaginación del campo religioso y la conducían al terreno de la vida. Pudiéronse consagrar pocos momentos a comer, a pesar de tratarse de una de las más imperiosas necesidades”.

Siguieron luego el rezo de las Vísperas, el sermón del presbítero Pablo Padilla y la procesión por las principales calles de la Villa. Empezó la marcha por entre dos largas hileras de banderas y faroles que recordaban todos los colores del espectro solar. Una vez más, veredas, puertas, ventanas y azoteas estaban “literalmente” cubiertas de forasteros y vecinos. Los estandartes ofrecidos a la Virgen y las cruces de las parroquias de la capital abrían la marcha. A uno y otro lado, en nutridas columnas, marchan la Asociación de los Santos Ángeles, las Hijas de María y la escuela de las Hijas de la Caridad; las delegaciones de la capital, Montevideo y Paraguay y de la campaña bonaerense; el Seminario local, el Colegio salesiano de Almagro, la Asociación Católica de Buenos Aires, la Juventud Católica, las Cofradías, la Tercera Orden de San Francisco y los representantes de las corporaciones religiosas de las provincias y del Uruguay.

Luego seguía, el clero, los religiosos, los canónigos, la Sagrada Imagen sobre primorosas andas, los obispos del interior, el de Montevideo y el Arzobispo Aneiros; y, por último, nutridas filas de devotos y peregrinos.

Al caer la tarde, con los últimos rayos del sol, la procesión entró en la calle llamada Real, la principal de la Villa, en busca de las puertas del Santuario. La Imagen nuevamente era el objeto permanente de todas las miradas, el centro de todas las esperanzas y la ilusión de todas las almas. Ya en el interior del templo, iluminado intensamente con todas las lámparas y cirios encendidos, dieron comienzo los últimos actos litúrgicos del día, mediante el canto de las letanías con acompañamiento de la orquesta y del coro, compuesto por ochenta voces que llenaron con el efecto beneficioso de las melodías religiosas el ambiente y los corazones de todos los presentes. Y al finalizar la función, al titilar de las primeras estrellas y la aparición de una majestuosa luna llena:

“La concurrencia, según apunta el corresponsal, se retiró satisfecha de las emociones que había probado, de las magnificencia de las fiestas; y creyendo haber presenciado algo parecido al renacimiento de aquella fe cristiana que inspiró a nuestros padres acciones generosas, que figuran con honor en el libro de la historia argentina. A ninguno de los presentes se le ocultó que había algo de maravilloso en el ambiente de Luján, pues había sido unánime la veneración a la Imagen de María, sin que ninguna irreverencia produjera escándalo, sin que ningún desacato abriera las puertas de la cárcel.”²⁵

Para contento de todos, la jornada transcurrió en medio de un clima benigno, con cielo abierto, diáfano y azulado, que al promediar el mediodía pareció un adelanto de la primavera. En los días siguientes los periódicos se ocuparon de señalar la importancia de los festejos y su profunda significación para la historia religiosa del país. Así, por ejemplo, se destacaba que jamás se vio en Luján, ni en pueblo alguno de la campaña bonaerense, alejado de la capital, una concurrencia semejante, tan selecta como numerosa, venida de Buenos Aires, pueblos vecinos y del interior del país, calculada en más de 35.000 personas. Se había tratado de una fiesta espléndida, donde los actos religiosos y populares no fueron empañados por ningún incidente desagradable, ni por el más mínimo desorden que pudiese perturbar la animación que ha reinado en ellos.

Bien podía decirse que por la magnitud de los actos y por los recuerdos imborrables dejados en los asistentes, éstos podían ser contados, den-

25. *Ibidem*.

tro de la historia patria, como uno de los más grandiosos y edificantes de la fe católica del pueblo argentino. Motivo por lo cual la fiesta de la coronación se ha revestido, como se lo merecía, de las proporciones de una verdadera solemnidad nacional.²⁶

En este sentido, como síntesis de los diversos comentarios divulgados en aquellos días por los diversos periódicos, transcribimos el siguiente párrafo que *La Nación* dedica al tema al concluir, una semana después, la octava de festejos: “En resumen, escribe el cronista, las fiestas de la coronación por su fausto, concurrencia, novedad y animación dejan un recuerdo que difícilmente se borrará de la memoria de los peregrinos, correspondiendo la mayor participación en el éxito a la infatigable actividad y elevación del padre Salvaire”.²⁷

Por su parte, el Arzobispo envió al papa León XIII un telegrama, comunicándole el resultado de las fiestas de la coronación. Encargándose Salvaire de hacer lo mismo, días después, respecto a las congregaciones romanas de Ritos e Indulgencias, a los demás cardenales y prelados que lo habían favorecido a su paso por Roma, y a los superiores de la Congregación de la Misión en París.

8. Ofrendas y recuerdos

La fiesta de la coronación fue también ocasión para que devotos y peregrinos ofrecieran a la Virgen distintos presentes, de diverso valor material. Pero todos ellos expresión profunda y genuina de la más tierna piedad filial, como gestos de adhesión en tan significativa circunstancia o en razón de favores o gracias recibidos. Los ejemplos que registra la crónica son numerosos y variados, destacándose entre ellos los siguientes.²⁸ El jesuita Antonio Angelini, famoso epigrafista europeo, envió desde Roma una “inscripción lapidaria” que oportunamente sería colocada en el Santuario; la señora de D. Sebastián Casares donó un hermoso brazalete; la Sra. Rosario Estrada de Estrada un magnífico anillo de brillantes; una madre agradecida

por la curación de su hijo, ofreció como *ex-voto* un cuadro al óleo representando sus angustias y los consuelos que recibió de la Virgen en aquellas difíciles circunstancias; D. Pedro Goyena puso a los pies de la Imagen la ofrenda de los católicos de Catamarca; y el obispo de Montevideo una placa de ágata, con fondo de pelouche, marco de oro e inscripciones en plata oxidada, ofrecida por el Club Católico de Montevideo.

A su vez, D. Santiago Estrada, en memoria de su hermano fallecido Juan Bautista, ofreció un lavatorio de mano para los celebrantes; la Asociación de Señoras Cristianas de Montevideo, una preciosa lámpara de bronce; los Oratorios Festivos de la misma ciudad, una placa de oro y plata cincelados; las Hijas de María de la casa de San Vicente de Paul de Buenos Aires, un estandarte de gró blanco, en cuyo centro se destaca la imagen de la Inmaculada Concepción, pintada sobre raso por la Sra. Josefa Arocena de O’Neill; la Asociación de la Enseñanza Católica para Niñas, un precioso álbum; y la Pía Unión de las Hijas de María de Ntra. Sra. del Huerto, un corazón de plata; las Asociaciones Católicas de Córdoba y Buenos Aires sendos estandartes bordados, verdaderas obras de arte; y D. José M. de Estrada (padre), la bandera del Regimiento de Gallegos, mandado por D. Pedro Cerviño en la Defensa de Buenos Aires, en cuyo centro figura una custodia bordada en oro.

A lo cual se sumaron los donativos de piedras preciosas de gran valor, entregadas a los largo de la semana de la octava, distinguiéndose entre ellas un precioso alfiler de brillantes. Asimismo, deben incluirse en este rubro los objetos obsequiados por diversas personas para organizar un “Bazar”, de cuya venta se preveía recaudar fondos para el mantenimiento del Santuario. “Más de dos mil quinientos objetos –destaca la crónica– constituyen su capital. Entre ellos se cuenta un hermoso neceser, ofrecido por el teniente general Bartolomé Mitre, cuya esposa, devota de la Virgen de Luján, le presentó un magnífico vestido que usó en vísperas de la batalla de Pavón”.

Asimismo, la comisión ejecutiva de los festejos pensó en la oportunidad de confeccionar algunos recordatorios de los grandes festejos. Para ser entregados a personalidades notables, civiles y eclesiásticas, y a los colaboradores más cercanos, se hicieron acuñar medallas alusivas de oro y plata en París.²⁹ A las que se agregaron buen número de bronce, de igual

26. Al respecto, véase: *La Patria, El Porteño, El Censor, La Voz de la Iglesia, El Diario, La Unión, La Nación, La Prensa*, etc.

27. N° 5052, 17 de Mayo de 1887, 2.

28. S. ESTRADA, *La Coronación...*, 4.

29. Con la inscripción: *Recuerdo de la Coronación de Nuestra Señora de Luján, Mayo 8 de 1887*.

procedencia, que lamentablemente no llegaron a tiempo. A su vez, se imprimieron estampas alusivas³⁰ y se confeccionaron pequeñas medallas de la Virgen que fueron repartidas copiosamente entre los peregrinos, para contento de todos, quienes las llevaron a sus hogares como preciado testimonio de su presencia en Luján con motivo de tan grande solemnidad.

9. La solemne Octava

Como estaba previsto en el ceremonial, los festejos de la coronación incluyeron la celebración de una octava en honor de la Virgen, que se extendió hasta el domingo siguiente, 15 de mayo. Multiplicándose los actos religiosos y culturales, incorporándose a los mismos aquellas parroquias, asociaciones y colegios que no habían podido participar en los actos centrales. Entre éstos últimos se destacó la presencia del colegio “San José” de los Padres Bayonenses de Buenos Aires, “transportado en tren expreso”, dirigiendo al alumnado un discurso alusivo el reconocido orador católico Pedro E. Goyena.

La octava contó, como era costumbre, con sermón diario en el templo, a cargo de los más prestigiosos oradores sagrados del momento. Así subieron al púlpito, además del Arzobispo de Buenos Aires y del Obispo de Montevideo, monseñor Inocencio María Yéregui, los presbíteros: Pablo Padilla y Bárcena (secular, vicario capitular y luego obispo de Salta), Marcelino del Carmelo Benavente (dominico, pasaba por el mejor predicador del momento, después obispo de San Juan de Cuyo),³¹ Raynerio J. Lugones (secular, vicario foráneo de Santiago del Estero), Luis A. Duteil (secular, canónigo de Buenos Aires y antiguo párroco de Luján), Celestino Pera (secular, cura y vicario de La Plata), Camilo Jordán (jesuita de Buenos Aires, famoso orador sagrado), Jorge M. Salvaire (lazarista), Víctor Loyódice (redentorista porteño, compañero del P. Federico Grote), Buzzzi, Ximeno y Rafael María Yéregui (párroco de la Catedral de Montevideo, hermano del obispo).

A lo que sumaron varias conferencias alusivas en la sede de la “Asociación Católica de Luján”, a cargo de prestigiosos dirigentes católicos

30. En la crónica se alude también a una edición particular, posiblemente de mayor tamaño: “Se ha hecho grabar e imprimir en París una nueva estampa de la milagrosa Imagen de Luján”.

31. “Parece que en el primer sermón del lunes, el P. Benavente ha dejado bien puesto el nombre del púlpito argentino. Su discurso produjo en los oyentes un gran efecto” (idem). Fragmentos de algunos de estos sermones en *La Perla del Plata*, Año 1891, 807-810.

del momento. El lunes 9 de mayo, habló José Manuel de Estrada; el miércoles 11, Pedro E. Goyena; el viernes 13, Emilio Lamarca; y el domingo 15, para cerrar el ciclo, Santiago Estrada. En razón de la gran concurrencia de público las conferencias debieron llevarse a cabo en el amplio patio de la institución organizadora. Las tres últimas contaron con la presencia masiva del alumnado de importantes colegios capitalinos: San José, San Ignacio y San Francisco de Sales.

Asimismo, aprovechando la presencia en esos días del Arzobispo y de los obispos sufragáneos, lo festejos incluyeron la administración del sacramento de la confirmación a numerosas tandas de niños. Proponiendo la comisión ejecutiva, por otra parte, una peregrinación anual en memoria de la coronación pontificia de la Sagrada Imagen; y la colocación de dos lápidas en el Santuario con estas inscripciones:

El 8 de Mayo de 1887 / IV Dominica de Pascua / Bajo el Pontificado de S. S. León XIII / Siendo Arzobispo de Buenos Aires S. S. I. el doctor don Federico Aneiros / Tuvo lugar la Coronación / de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de la Concepción / que se venera en este Santuario de Luján / Primero del Nuevo Mundo favorecido por el Soberano Pontífice / con tal insigne honor / La Comisión Ejecutiva de las Fiestas de la Coronación / ha hecho labrar esta piedra para / perpetua memoria de tan fausto acontecimiento.

La Comisión Ejecutiva / de las Fiestas de la Coronación / de Nuestra Señora de Luján / En memoria de San Vicente de Paul / cuyos hijos, custodios de este Santuario, han propagado / en América y especialmente en esta Villa / las virtudes y las obras de su glorioso Fundador / Dominica IVª de Pascua de 1887.

A la vez, durante la octava se repitieron los “regocijos” populares del día de la coronación: actuación de bandas, embanderamiento de la Villa, iluminaciones y fuegos artificiales, repiques de campanas, cohetes y bombas de estruendo, desfiles alusivos, etc. El cuadro de las fiestas de Luján se completó con la colocación, el domingo 15 de mayo, de la piedra fundamental del nuevo Santuario, de cuyos comienzos prometemos ocuparemos en alguna otra oportunidad.

10. Repercusiones periodísticas

A modo de conclusión transcribimos la noticia de los festejos publicada por el diario *La Prensa*, por constituir una de las crónicas más detalladas a nivel nacional. Si bien abunda información en otros medios pe-

riodísticos de entonces –como diarios, semanarios, mensuarios, revistas–,³² los cuales son concordes en señalar que para la opinión pública en general la coronación de la Virgen de Luján constituyó un hecho paradigmático en la historia religiosa argentina de fines del siglo XIX. Además, la lectura del presente testimonio, ayudará a los lectores a formarse una apretada síntesis de cuanto hemos desarrollado a lo largo de estas páginas. He aquí la mencionada crónica, en sus principales párrafos:

«Las fiestas de Lujan. – De nuestro enviado corresponsal. – Desde el 2 de Febrero del año pp. en que la Sociedad “Juventud Católica”, de esta capital, organizó y llevó a cabo una peregrinación con el objeto de dar cumplimiento a una resolución del Consejo Superior ninguna otra manifestación ha tenido lugar, en forma de peregrinación, hasta la de ayer, que ha superado, por la grandiosidad con que se ha celebrado, las esperanzas que respecto a su resultado se abrigaban. La histórica Villa de Lujan estaba de fiesta con motivo de la ceremonia de la coronación de la Imagen de Nuestra Señora de Lujan, ceremonia que ha llamado públicamente la atención por ser la primera vez que tiene lugar en la América del Sud.

Es conocida la religiosidad que los argentinos profesan a la milagrosa Imagen de Lujan. Los próceres de nuestra independencia nos han legado testimonios elocuentes de sus manifestaciones religiosas, depositando a los pies de la Virgen las armas y trofeos que enarbolaron cuando valerosamente combatían a los extranjeros que ocupaban nuestro territorio, sin más derecho que la superioridad de sus fuerzas. Esas armas y trofeos están en el camarín de la Virgen, y se conservan con suma veneración. El pueblo toma también una parte interesante en esas fiestas de pública devoción. Ayer se veía por la Villa a un número considerable de familias pobres, de las cuales muchas de ellas habían recorrido un largo trayecto a pié, ansiosas todas de ocupar un buen sitio, para presenciar en todos sus detalles, las funciones que debían celebrarse.

El Santuario, desde la víspera, presentaba un aspecto de gala. Todos los altares estaban profusamente iluminados y adornados con vistosas flores. El altar mayor especialmente llamaba la atención por la seriedad y buen gusto con que había sido arreglado. Estaban presentes el Arzobispo con capa pluvial, los Canónigos del Cabildo Eclesiástico, los Prelados argentinos; y los sacerdotes, llevando en andas a la coronada Virgen. Poco antes de las dos de la tarde llegó al Santuario, diseminándose entonces la concurrencia por la Villa. Los hoteles y carpas que se habían improvisado fueron pequeños para dar abasto a la concurrencia ávida de almorzar. Los precios, como fácilmente puede presumirse, fueron alterados, cobrándose hasta ochenta centavos una tortilla quemada. Muchas familias que habían llevado provisiones, se dirigieron hacia el río donde reunidos en grupos las señoras y niñas devoraba con envidiable apetito los sabrosos manjares que iban desapareciendo de las elegantes canastas.

32. Véase, nota 26. Asimismo, el vecino de Luján CRUZ CASAS, testigo ocular de todos los actos, redactó para *La Perla del Plata* una breve crónica, publicada bajo el título, *El culto de la coronada Virgen de Luján*, Año 1891, 151, 167, 185.

Mientras esto sucedía, en la Iglesia tuvo lugar un acto interesante. Los católicos orientales presididos por el Ilmo. Señor Obispo Inocencio Yéregui ofrecieron a la Santísima Virgen de Luján una bellísima placa de piedra ágata rosada, natural de la República Oriental, adornada con un hermoso cuadro de plata y oro cincelado y coronado por un escudo oriental. La placa tiene la siguiente inscripción: “Los católicos de la República Oriental. A Nuestra Señora de Lujan. 8 de Mayo de 1887”. Pocos minutos después se ofrecieron a la Santísima Virgen las banderas y estandartes de las provincias argentinas. El Dr. D. Pedro Goyena, al ofrecer la de Catamarca, pronunció las siguientes palabras: “A Nuestra Señora de Lujan, en el día solemne de su coronación, ofrezco a nombre de la Provincia de Catamarca, que espontáneamente me nombrara su delegado para este acto, la bandera que simboliza sus sentimientos religiosos, pidiendo a tan poderosa intercesora la permanencia en la fe y la perseverancia en las obras católicas”.

Los repiques continuos de las campanas de la Iglesia anunciaron que dentro de poco tiempo empezarían las solemnes vísperas y se organizaría la última procesión. La concurrencia no tardó en reunirse en la iglesia, para escuchar la desconocida palabra del señor Vicario Capitular de Salta, Dr. D. Pablo Padilla que pronunció el sermón de la festividad que la Iglesia argentina celebraba por primera vez con motivo de la coronación de la Virgen de Luján. El Dr. Padilla ha confirmado pietaamente la fama de excelente orador sagrado. Terminando el sermón, se organizó de nuevo otra procesión que recorrió un trayecto de 16 cuadras, por las calles General San Martín, Colón y General Pirán. Con un profundo respeto y la cabeza descubierta, esa inmensa ola de seres humanos iba rezando el santo Rosario y otros cánticos religiosos. Al regresar, el Exmo. Señor Arzobispo dio la bendición al pueblo, terminando así las funciones religiosas del domingo. Es digno de llamar la atención el buen orden que ha reinado en Lujan, a pesar de la gran aglomeración de gente.

[...] Los escudos de las catorce provincias argentinas ocupaban un puesto de honor en la Iglesia; trofeos argentinos y banderas de otras nacionalidades, agregadas al riquísimo alfombrado, completaban el adorno. A los dos costados del altar mayor, hallábanse los asientos reservados a los Prelados, los cuales llegaron el sábado a la noche. Fueron recibidos en la estación por las autoridades locales, el Club Católico, y un número crecido de señoras y caballeros. Las calles principales de la Villa estaban arregladas convenientemente con banderas y gallardetes, presentando un bellísimo aspecto. La Municipalidad y muchas casas particulares estaban vistosamente adornadas.

La estación del Once de Septiembre, en la mañana del domingo, una numerosísima concurrencia la ocupaba por completo. Entonces nos dimos cuenta de lo que serían las fiestas desde el momento que respetables señoras y señoritas se encontraban en la estación a las 5 – de la mañana para tomar el primer tren que salió a las 6.05. Los demás trenes, especialmente los expresos que partieron a las 7.20 y 7.40 iban materialmente llenos de gente. Señoras y niñas, jóvenes y ancianos todos se apresuraban a ocupar su asiento, viéndose obligados a ir de pié mas de la mitad de los pasajeros. Durante el trayecto no ocurrió ninguna novedad. El último tren ex-

preso llegó a Lujan a las 19 y 15 dirigiéndose procesionalmente toda la concurrencia al Santuario. Desde las 4 de la mañana se celebraban allí misas, dando la comunión a los que la solicitaban. Es increíble el número de personas que comulgaron ayer en el Santuario de Lujan. Todos quieren presentarse delante de la Virgen con la conciencia serena y tranquila.

A las 9 de la mañana, estando ya completamente ocupada la Iglesia, tuvo lugar la ceremonia de la entrega de la corona de la Virgen al cura de Lujan. El Exmo. Señor arzobispo, que como ya lo hemos dicho anticipadamente, era el delegado del soberano Pontífice, acompañado de los Ilmos. Señores Obispos de Montevideo, Mons. Yéregui, el de Cuyo, Mons. Achával, el auxiliar de la Ilma. diócesis de Cuyo, Mons. Reta, el señor Vicario Capitular de Córdoba, de Salta, de Santiago del Estero, del Paraná y de otras dignidades del clero, se dirigió bajo patio hacia la puerta principal del Santuario. Una vez cumplidas las ceremonias de práctica, entregó la corona, previo público juramento, al R. P. Emilio George, Cura de Lujan, nombrado oficialmente Guardián del precioso tesoro.

Se organizó enseguida la procesión hacia el altar monumental que se había construido a seis cuerdas de distancia de la iglesia, en medio del campo, para que todos presenciaran el acto de coronación. No pudo organizarse en el orden marcado en el programa por no haber llegado todavía algunas Sociedades y Cofradías, Seminario Conciliar y demás congregaciones que partieron en los trenes expresos. Una vez llegado al altar monumental, llevando la corona y la Virgen en andas, el Ilmo. Sr. Obispo de Cuyo dio principio a la misa de pontifical, acompañado de los canónigos Lugones y del Cerro, como diácono y subdiácono respectivamente. Al principio de la misa, la banda de la Sociedad “Juventud Católica” anunció con sus acordes que el resto de los peregrinos habían llegado, dirigiéndose al Santuario en donde el señor cura de Barracas celebró una misa rezada en el altar mayor. Una vez concluida ésta, se organizaron todas las corporaciones y el Seminario Conciliar, y con la banda de música, a pasos apresurados se dirigieron donde se celebraba la fiesta, habiendo reunidas allí no menos de diez mil personas.

El altar monumental de tres metros de altura y con capacidad suficiente para contener a los señores obispos, representantes de las provincias de la República Oriental, los curas párrocos de todas las parroquias de la capital y algunos de la campaña, los señores canónigos y demás miembros del clero, no estaba construido con solidez y buen gusto que era de esperarse. El toldo que lo cubría empezó a rasgarse de tal modo que si la ceremonia hubiese durado una hora más no quedaban rastros de él. La orquesta, dirigida por el conocido profesor don Jaime Xaran, que se hallaba colocada en un retablo construido expresamente para ese objeto, tocó escogidas piezas de música sagrada entre las cuales podemos citar el Kyrie de Barbieri, el Credo de Mercadante y el Gloria de Rossi. Los cantores interpretaron admirablemente las bellezas de las piezas que se ejecutaban. Después del Evangelio, el Exmo. Señor Arzobispo se puso de pie y pronunció un discurso alusivo al acto.

La ceremonia de la coronación debía hacerse después de la misa. El Señor Obispo de Cuyo había concluido ya de celebrarla, cuando un movimiento general se notó en la inmensa concurrencia que ocupaba el campo. Los altos estiraban más su garganta pa-

ra ver mejor, los bajos cometiéndole impertinencias disculpables daban de empujones a los que estaban a sus costados, las señoras protestaban enfurecidas, y las señoritas solicitaban humildemente un lugarcito para no perder el mínimo detalle. La solemne ceremonia va a empezar ya. El Arzobispo y demás prelados están de pie, lo mismo que el clero, estando revestido el primero con amito, alba y capa pluvial. También se colocó a la cintura en vez de cíngulo, una faja de seda blanca con bordados y flecos de oro, que durante mucho tiempo ha usado Su Santidad León XIII y que el R. P. Jorge M. Salvaire solicitó y obtuvo del Papa para la fiesta de la Coronación. Así revestido con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano, se inclinó profundamente ante la Santa Imagen de la Virgen, y entonó el himno “Regina caeli”.

Después adelantándose a la tarima, donde el padre Salvaire le ofreció la preciosa corona, construida con preciosas piedras y oro ofrecidas por los católicos argentinos, el señor Arzobispo tomándola entre sus manos, la colocó con todo respeto sobre la cabeza de la Santa Imagen, pronunciando estas palabras: “Así como eres coronada en la tierra por nuestras manos, del mismo modo merezcamos ser coronados en el cielo de gloria y honor por Cristo Nuestro Señor”. Los estandartes y demás banderas que estaban allí se rindieron en señal de respeto; y entonces los dos batallones de línea que por indicación del general [Eduardo] Racedo presenciaron las fiestas, hicieron varias descargas.

Una vez que el señor Arzobispo hubo entonado algunos cánticos sagrados, se cantó un solemne “Te Deum” en acción de gracias. Coronada ya la Imagen de la Virgen, se organizó una gran procesión de regreso, yendo a la cabeza los “Caballeros de la Virgen”, que la formaban elegantes jóvenes montados en briosos corceles; les siguieron las asociaciones católicas, cofradías, los colegios de niños y niñas de la localidad, la banda de música, y la preciosa bandera de la “Juventud Católica”, que fue una de las que más llamó la atención; el Seminario Conciliar, los curas con las capas pluviales, los canónigos del Cabildo Eclesiástico, los prelados argentinos y los sacerdotes llevando en andas la coronada Virgen.

Poco antes de las dos de la tarde llegó la procesión al Santuario, diseminándose entonces la concurrencia por la Villa. Los hoteles y carpas que se habían improvisado fueron pequeños para dar a vasto a la concurrencia ávida de almorzar. Los precios, como fácilmente puede presumirse, fueron alterados, cobrándose hasta ochenta centavos una tortilla quemada. Se ha anunciado que el domingo 15 tendrá lugar la colocación de la piedra fundamental para la gran basílica que se construirá dentro de poco tiempo. Es a la verdad una obra necesaria, pues el actual Santuario de Lujan, en cuanto a su construcción, está muy lejos de responder a la religiosidad del pueblo argentino. Todos los que la han visitado están contentos en esta afirmación. Desde el siglo XVIII que tuvo lugar la erección, ha sufrido algunas modificaciones impuestas por el tiempo y la generosidad de algunos devotos. – El Corresponsal.³³

JUAN GUILLERMO DURÁN

10-04-06 / 15-07-06

33. *La Prensa*, 10 de Mayo de 1887. N° 5411, 5.